**TEXTOS DE RAFAEL SOLANA**

**SELECCIÓN DE RAQUE HUERTA-NAVA**

DEGENERACIÓN DE LAS POSADAS

En los últimos veinte años, han perdido todo su carácter. “Todos cantaban de todos modos”. ¿Cuál de todas las viejas costumbres se conservan?

Hay algunas fechas en el año que son más propicios que ningunas otras para la evocación y la nostalgia del tiempo pasado; una de ellas es el Viernes de Dolores, en que pensamos, con tristeza, en que una calzada polvosa y una fiesta vulgar han sustituido al antiguo paseo en trajineras por el canal de Santa Anita; y otra de esas fechas es el novenario de las posadas, que en los últimos veinte años ha perdido todo su carácter, que ha sido despojado de su sentido íntimo y familiar, y se ha convertido en un motivo de cuchipandas y jolgorios por completo ajenos al espíritu tradicional que en otro tiempo tuvieron esas fiestas.

 No vayamos muy lejos; no lleguemos hasta los días de la Colonia, en que las posadas se celebraban en las umbrosas naves de las iglesias olorosas a incienso y estoraque, resonantes con los severos himnos del órgano o con los animados villancicos de los coros infantiles; ni siquiera nos remontemos hacia aquellas fiestas familiares que nos dejó magistralmente descritas en su “Linterna Mágica” don José T. Cuéllar, cuando eran las posadas motivo de “Baile y Cochino” y por una piñata vestida de novia pagaba catorce reales un general de tiempos de don Manuel González; pero recordemos, porque muchos de nosotros las vimos, las posadas de hace veinticinco o treinta años, ya más profanas que religiosas, ya con mucho baile y poco rezo, pero todavía con un sabor y con un sentido que las posadas de hoy ya perdieron.

 El día escogido, porque entre las familias, las relaciones, el vecindario, se repartían los nueve días para que en ninguno de ellos dejase de haber fiesta, todas las personas de la casa estaban ocupadas; había trabajo para hombres y para mujeres, para grandes y chicos; la lumbre en la cocina no se apagaba ni un momento; lo primero que había que hacer era una gran cazuela de engrudo, porque las muchachas estaban haciendo, con papel de china de todos colores, las vistosas cadenas con que iba a ser adornado el patio; encaramados en escaleras, los muchachos estaban colgando ya en la sala guirnaldas de heno, festones y v banderas; la madre, tal vez, daba los últimos toques al Nacimiento, pues el árbol de Navidad, que por primera vez trajo Maximiliano, fue rechazado como exótica importación del brumoso norte y el padre, en mangas de camisa, se disponía a convertir una panzuda olla rajada en la obra de arte de una piñata como rosa, o como estrella, o como rábano, que eran las más fáciles, pues un payaso o un guajolote eran empresas nada más para un profesional que para un simple aficionado. Las criadas llegaban del mercado con sus canastas rebosantes de cañas, jícamas, naranjas, limas, tejocotes y cacahuates, y de la tienda venía el pedido de colación, de frutas secas, de turrones y de castañas; había que empezar temprano porque los chicos tenían que irse a la cama a buena hora; tal vez la letanía se empezaba a cantar a las siete, o a las seis; delante iban los “peregrinos”; siempre, a última hora, resultaba que se había perdido el libro y que nadie sabía la letra para pedir y dar posada, pero todos cantaban de todos modos; los incidentes durante la letanía eran cada año los mismos; un traje chorreado de parafina, un rizo al que le prendieron fuego las luces de bengala, una niña que berrea muerta de susto porque se le metió un buscapiés entre los olanes de los amplios calzones. La letanía, comenzada despacio, era terminada de prisa, porque urgía romper la piñata; y la olla, llena de fruta; en la sala comenzaban las señoras a tomar su copita de rompope o de jerez, con galletas, y los señores una copita de algo más fuerte, mientras en una habitación interior, cerca de la cama cubierta de abrigos, se escuchaba a los músicos, que comenzaban a afinar; los muchachos se iban pronto a la cama, cargados de tejocotes y de dulces, y tal vez con un chichón en la cabeza o un raspón en la rodilla, y entonces las muchachas crecidas, a la vista de sus madres, comenzaban a bailar; un gran plato de enchiladas a media noche era casi señal de partida; los músicos desaparecían discretamente, y las parejas se citaban para la próxima noche, en otra posada.

 ¿Cuál de todas estas viejas costumbres se conserva? La letanía, los peregrinos, el Nacimiento, han ido desapareciendo; hoy ha sido admitido casi en todas partes el sajón árbol de Navidad; no más rompope, ni más luces de bengala; ya no hay orquesta, porque basta el radio; una posada es hoy: bebida, baile y sándwiches, porque hasta la cocina ha degenerado, y ni los romeritos, ni el bacalao, ni los chiles en nogada, aparecen ya, cuando basta abrir una lata de jamón endiablado y untar un pan de caja. Estas son las posadas de hoy… ¿No es verdad que tenían más clase, más sabor, más sentido, las posadas de antaño?

21 de diciembre de 1952

CARNAVAL EN MÉXICO

La Reina Titina Calles, hija del presidente. Aquellas carnestolendas que pintó Diego. El famoso carnaval de Mérida. La muy pagana ciudad de Veracruz.

Si alguno de ustedes tiene ya cuarenta años de edad, y muchos de vivir en la ciudad de México, sin duda conservará el recuerdo, un poco desdibujado por el tiempo, pero todavía persistente, de aquel alegre y ruidoso carnaval de 1926, del que fue Reina Ernestina L. Titina Calles, la hija del presidente, a quien acompañaba como rey guapo un apuesto señor Schondabe, hoy sin duda respetabilísimo, y a la que hacía contrapeso como rey feo, el Tlacuache, hoy señor diputado de todos nuestros respetos, licenciado César Garizurieta. Y recordarán aquel carnaval porque nunca volvió a haber otro igual, a pesar de que varias veces se hicieron tibios esfuerzos por resucitar esa fiesta, que en la capital no tiene gran arraigo ni tradición, ni simpatías; es curioso, pero los capitalinos no tienen el mismo espíritu despreocupado, alegra, que tienen los habitantes de otras zonas del país para festejar las fiestas de Carnestolendas; aquí la gente es, no tristona, ni hosca, sino solamente crítica, retraída, especialmente en algunas capas sociales; bailes de penachos o de disfraces solamente prosperan en los más apretados círculos aristocráticos, donde nadie teme al ridículo; de la clase media para abajo hay un pudor, un recato, que no admiten exhibiciones de esta naturaleza: tal vez influye en todo esto, también, el espíritu de los vinos; en esta altiplanicie se ingieren bebidas que adormecen, o bebidas que embravecen, y no licores que animen o que alegren, como los que sin duda beben los habitantes de las costas, o de otros lugares en que los carnavales son brillantes fiestas de las que todo el pueblo participa.

 Esos carnavales que Diego Rivera pintó en los muros del Hotel Reforma, y que, como viene siendo costumbre en las obras de ese pintor, tuvieron que ser ocultados, porque provocaban escándalo, no son carnavales alegres; hay disfraces y colorines, máscaras y turbantes; pero no esa vivacidad, ese olvido de todas las convenciones, esa libertad que en otros sitios son características de las fiestas carnavalescas. Más de una vez hemos visto esos carnavales de Yautepec, de Huejotzingo, de Huamantla, con muchas cuentas, muchos percales de color marquesote, mucho estallar de cohetes, pero en el fondo con muy poca alegría; ese Carnaval de Veracruz, en cambio…

 Son famosos también otros carnavales de tierras bajas; el de Mazatlán tiene una larga tradición, ya salpicada de sangre; el de Mérida la comparación con los más renombrados carnavales del mundo, con el de Niza, o con el de Río de Janeiro, con el de Nueva Orleáns: parece ser que ahora se trata de impulsar el carnaval de Jalapa; pero es el de Veracruz el que quizá todos ustedes conocen, en el que alguna vez han participado, y del que sin duda tienen recuerdo, o noticia; allí la alegría es auténtica, la despreocupación del pueblo absoluta; no se reprime nadie, ni se inhibe, por el temor al comentario de un vecino; las elecciones de reina y de rey feo son a veces más movidas y más apasionadas que las de presidente municipal; ahora mismo deben estar ya muy adelantadas esas cosas; y la fiesta abarca todas las clases sociales; desde el elegante baile de la Lonja, al que los cadetes de la naval van de punta en blanco, con sus uniformes albeantes y sus espadines echando cardillo, hasta el baile de Pescadería, en la calle, frente al mercado de pescado, con orquestas locales o traídas desde Cuba, montadas en templetes en todos los cruces de las calles; con carros alegóricos, con la más rica variedad de disfraces, con mucho buen humor y a veces mucho ingenio en las comparsas, con mucho ritmo en los danzones que nadie se recata de bailar al aire libre, bajo el soplo fresco de la brisa que viene del mar, con una animación que no decae en toda la noche, y con música mientras quede aliento a los clarinetistas o a los bongoseros. Es curioso como en nuestro país hay ciudades, como Querétaro, levíticas, dormidas, donde sólo tienen animación las fiestas religiosas, y hay ciudades paganas, despiertas, como Veracruz, donde sólo las fiestas profanas alcanzan vivacidad y lucimiento; la capital, a medio camino entre esos dos extremos, no es ni tan recoleta como San Luis o como Puebla, ni tan alegre y despreocupada como Veracruz o como Acapulco; pero aquí el carnaval no ha prosperado nunca, no ha arraigado, ni ha tenido nunca verdadera brillantez, como no fuera aquel año en que fue reina Titina y en que se gastó tantísimo dinero en propaganda. El carnaval ya viene, y ustedes verán que, aquí, se reduce a unos cuantos bailes rascuaches, en círculos provincianos, o tal vez alguna fiesta de lujo, a base de Agata Ratibor y el Príncipe Olé Olé, en alguna casa de apretados, como pretexto para salir en la página de sociales de un par de periódicos; pero el pueblo no toma participación en estas celebraciones que, en cambio, en Mazatlán, en Veracruz, en Mérida, son espontáneas y verdaderamente populares.

22 de febrero de 1953

LA CUARESMA EN MÉXICO

El significado de la palabra “Cuaresma”. Tiempo cuaresmal en

la capital y ejercicios espirituales. El recato en la provincia.

Para muchos mexicanos, especialmente para muchos habitantes de la ciudad de México, la palabra “Cuaresma” ha dejado de tene3r un significado claro, desde que, hace poco, se extendió por todo el año el olor y el sabor de ese caldo de habas, de esos nopalitos, de esas ruedas de romeritos con tortas de camarón que antiguamente tenían lugar sólo los viernes cuaresmales, y desde que a todos los viernes del calendario han extendido su presencia los chiles cuaresmeños, rellenos de queso fresco, o de sardinas y, en algunas grandes solemnidades, cubiertos de nogada, y con la panza pletórica de acitrón, de almendras, de pasas y de frutas, según maravillosa receta poblana recogida por don Artemio de Valle Arizpe, el cronista de la ciudad.

 Pero para muchísimas otras personas, especialmente las habitantes de las ciudades y los pueblos del interior del país, la Cuaresma opaca se identifica por algo más que por los ayunos y las vigilias; en todos los órdenes de la vida privada un nuevo tono, todo se afecta por la opacidad de esta temporada de recogimiento, de unción, en que las prácticas religiosas se multiplican y todos los actos del orden profano se reducen y amenguan su importancia; desde que, el Miércoles de Ceniza, aparece una cruz negruzca sobre todas las frentes, impresa con un Jesusito de corcho al son de la jaculatoria “polvo eres y en polvo te has de convertir”, la sonrisa parece haberse apagado en los rostros; las faldas bajan y los descotes suben; velos negros cubren las cabezas, se cierran los salones de baile de las lonjas y de los círculos sociales, se suspenden las reuniones y las fiestas, y sólo para una cosa vuelven a darse cita las muchachas o los muchachos, o los matrimonios; para asistir a la tanda de ejercicios espirituales.

 No, en la capital casi no se nota el tiempo cuaresmal, porque la vida turbulenta sigue su marcha, continúan abiertos todos los cines, y todos los teatros, y los cabarets, y los frontones, y las plazas de toros, y la gente tapada que por la tarde va a la iglesia, con la vista baja, se disimula entre el tumulto de la que se dirige a los salones de espectáculos, que no hacen en esta época menos negocio que en cualquiera otra del año; sólo en la provincia la cuaresma tiene un color propio, un color ala de mosca, y su propio olor, ese olor a flores marchitas y a cera y a incienso de las iglesias, y su propio sabor, que es del atole con piloncillo de los días de ayuno y el de los platos vegetarianos o de pescado blanco, o los huevos en rabo de mestiza de los días de abstinencia.

 En cuanto a los ejercicios espirituales, ¿quién perdería su tanda correspondiente, en alguna pequeña ciudad provinciana? Se daría la nota, y se incurriría no sólo en el mal juicio de las personas de viso, sino, lo que sería tal vez peor, en el aburrimiento, pues ningún otro sitio hay en que meterse esas tardes. El escuchar la inflamada oratoria de un predicador es un privilegio esperado durante todo el resto del año. De lejanas diócesis son importados oradores sagrados, para que con su verbo enérgico fustiguen a los pecadores y les pinten muy al vivo los espantosos horrores del infierno. Cada uno de esos sermones es una especie de mensaje del alma, al que se somete uno de buena voluntad, y en el que sin piedad le tunden y le muelen a uno hasta tronarle los huesos, pero del que se sale muy a gusto. Los más impresionantes ejercicios espirituales que conozco son los que se dan cada año, por la Cuaresma, en el pueblo de Atotonilco, en el estado de Guanajuato, en tandas de cinco mil personas, que se acomodan como pueden en su encierro, que consumen grandes camiones de tortillas, enormes peroles de frijoles, costales de arroz y toneladas de chiles; son gentes sencillas, humildes, que abren tamaños ojos y en el fondo de su corazón se contristan y se asustan cuando las pailas de Satán les son descritas con vivísimos colores; regresan a sus casas, tal vez lejanas, con el horror, el terror y el arrepentimiento pintados en el rostro; los buenos propósitos durarán poco, y el pecado volverá a tomar posesión de su señorío; pero quedan los ejercicios espirituales del año entrante, como una nueva ablución de la que las almas salen limpias… y siempre dispuestas a volver a ensuciarse.

 Todavía, en la provincia, conserva su recato y su prestigio la Cuaresma, que en la capital apenas si se manifiesta, un solo día, el primer miércoles, en las cruces de ceniza que por sólo unos minutos, o unas horas, marcan con su señal algunas frentes.

8 de Marzo de 1953

DULCES MEXICANOS

Costumbre perezosa. Golosinas de la Colonia. Tradición de algunos dulces.

Ya se practica en muy pocas casas el mexicanísimo arte de la repostería. La costumbre de terminar las comidas con una lata de duraznos en conserva o con un flan sintético hecho en un minuto por receta mágica, se ha generalizado y la pereza y la economía de las amas de casa han acabado por ir matando una bellísima tradición; se dirá, y con razón, que no tienen tiempo señoras que llegan presurosas de una escuela o de una oficina de ponerse a trabajar en recetas que comienzan diciendo: “pónganse a serenar unos membrillos”, y que con los precios actuales es imposible siquiera en fórmulas que empiezan por pedir: “ahógense dos docenas de yemas y un kilo de almendras en un litro de cognac y póngase todo al baño de María hasta que esté a punto de turrón”.

 Pero todavía en algunas ciudades de provincia, en Puebla, en Querétaro, en Morelia, en Guadalajara, en San Luis, la dulcería mexicana que hunde sus raíces en el fondo de la Colonia, no se ha perdido; sigue practicándose en Zamora, Michoacán, esos deliciosos chongos de leche cortada, con su gran raja de canela, y en Celaya algunas familias siguen prestándose los tres o cuatro enormes cazos de cobre, viejísimos, hereditarios, en que se fabrican las únicas cajetas auténticas, apegadas al rito, y no contaminadas ya por la industrialización, como la de Venado, San Luis Potosí, cajetas envinadas, quemadas o con fresas, o con almendras; en Puebla se guarda religiosamente la fórmula con que hace siglos, una monja clásica adobó los camotes que le enviaban sus padres desde su natal Apaseo; en San Luis se siguen fabricando los redondos y melosos quesos de tuna, y cuando se recorre Michoacán no es raro ver en los patios de las casas extensos tendidos de membrillates, guayabates o duraznates, que rezuman al sol, unos en forma de ladrillos y otros en figura de pescaditos.

 Todos estos son dulces familiares, como el ante de huevos con jerez y soletas que se prepara en el Bajío, como los deliciosos huevos moles, que se hacen con yemas, y los correspondientes huevos nevados, en que se aprovechan las claras; como el ritual arroz de leche, que nos llegó de Portugal, y sobre el que con caligrafía romántica solía escribirse en letras de polvo de canela la palabra “Recuerdo”: como los limones rellenos de coco, de fórmula queretana, y como los tapatíos calabazares, las biznagas, los acitrones, los jamoncillos y los higos cubiertos; pero hay otro género de dulcería menor, individual, diríamos, que también en la capital ha ido siendo devorada por las grandes industrias: el pequeño dulce para consumo infantil, el dulce que no se sirve en la mesa después de la suculenta comida, sino que furtivamente sustrae el niño de la alacena, para roerlo a las once de la mañana, en el recreo de su escuela, o a las cinco de la tarde; también en esta clase de pequeños dulces hay una tradición rica y variada; hoy se consumen aquí en la capital casi exclusivamente dulces fabricados en serie, en grandes industrias, y forrados en papel de estaño; pero recordemos el rico panorama dulcero de nuestra infancia, cuando las paletas, hechas a mano, eran toscas; algunas tenían forma de gallo, y se vendían clavadas en un bastón, como las manzanitas enmieladas y los tejocotes bañados en jarabe; el chicle, sin azúcar, se compraba en paquetitos de a centavo envuelto en papel de china, y no se tenía marcas yanquis; ¡es tan mexicano el chicle, y lo han convertido en una industria extranjera! Los caramelos, en forma de canica, a veces enormes, nos duraban toda la mañana, y las oscuras “trompadas”, de piloncillo, solían ser el más codiciado de los premios, si nos habíamos portado bien; agreguemos a todo esto la alegría que se cortaba con serrucho, como el condumio de cacahuate, y agreguemos las pepitorias, y los azucarillos, que se vendían con música, y no olvidemos las charamuscas, de limón, de fresa, de coco, de vainilla, ni las calaveras de azúcar que sólo se vendían en noviembre, ni esos dulcecitos de a centavo que todavía eran el encargo que nuestros amigos solían hacernos cuando íbamos a Guadalajara, y antes de subir a los caballitos o a la rueda de la fortuna, en la feria, o en la visita dominical a la Alameda, que tuvo un tiovivo a su costado oriente, donde hoy hay una librería, era de rigor que nos armásemos de nuestra nube de algodón de azúcar. Si todo esto era o no eran más sabroso, más divertido y, sobre todo, más mexicano que comer esos uniformados dulces forrados de papel de estaño que hoy, ustedes lo dirán; tal vez era también menos higiénico; pero nos gustaba más… o será sólo que entonces teníamos diez años…

15 de marzo de 1953

EL DÍA DE LA MADRE

Fiesta instituida por Rafael Alducín. La costumbre antigua. Ventajas y desventajas de la fiesta de hoy. Es esta una fiesta laica.

El día de la madre es una invención norteamericana, pero ya ha tomado carta de ciudadanía en México; más de un cuarto de siglo hace que lo instituyó don Rafael Alducín, a imitación de una costumbre de nuestros primos, y esa propaganda de más de cinco lustros le hizo ya adentrarse en nuestras costumbres y ser sentido ya como cosa nuestra.

 Antiguamente no había un día para todas las madres, sino cada madre tenía el suyo, el día de su santo, en que la rodeaban y la festejaban sus hijos; aquel día se sentía como más particular; la señora podía ser rodeada de grupos de sus amistades y de todos sus parientes; hoy, en el día de la madre, como en la cena de Navidad, que también es costumbre intensificada por la imitación de los americanos, las reuniones no pueden ser muy grandes, porque cada quien tiene su propia madre a quien festejar; son reuniones cortas, como para que quepan en un apartamento o en un cottage que son el modelo de habitación en los Estados Unidos; en las grandes casas mexicanas del pasado, o en las haciendas, podían hacerse comelitones y fiestas para veinte, treinta o cien o doscientas personas; y doscientas personas nunca rinden culto a la misma madre.

 El día de la madre, tal como hoy se practica, ha tenido sus ventajas y sus desventajas; quizá sirva para que, agobiado por la intensísima propaganda de prensa y radio, alguien que era despegado y frío recuerde que tiene madre y mandándole un regalo que puede ser una flor o una lavadora, un refrigerados o un par de medias, sienta su conciencia tranquila y piense y que es un hijo muy cumplido; pero sirve también para que muchos, que antes consideraban el honrar y atender a su madre como un deber que había que cumplir en cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del año, se quite esa preocupación, y crea que basta con no ir a trabajar el diez de mayo, sino llevarle mañanitas a la autora de sus días, luego cargar con ella a Xochimilco, a un paseo presuroso, y finalmente, por la tarde, refundirla en el cine Alameda con una multitud de cabecitas blancas; y una vez hecho esto, quedan trescientos sesenta y cuatro días para no volverse a ocupar de esa señora, hasta que vuelva a ser diez de mayo y el calendario y los periódicos y el radio vuelvan a recordársela.

 La costumbre que había antes, y que por cierto no se ha perdido del todo, se parecía un poco a la que nos han mandado los yanquis, pero era más poética, más fina; consistía en dedicar todo el mes de mayo, y no solamente el día diez, a una madre simbólica, a una madre genérica, a la madre de Dios; mayo era el mes de María, y en la imagen de la Virgen honraban niños y niñas a una madre del género humano. En esas tardes, doradas a veces, y grises otras, porque comienzan a producirse las primeras tormentas del verano, se veía por las calles, como pequeñas novias que fuesen al altar, a las niñas de tres a diez años, cándidamente vestidas, con albos velos, y cargadas de ramos de azucenas, de nardos, de rosas blancas, camino de la iglesia para tomar parte en una devoción muy emblemática y llena de poesía, la de ofrecer flores a la madre común, a la que es símbolo de la maternidad. Tal vez esa ceremonia sencilla, que las niñas cumplían con tanto gusto como si fuese un juego, dejaba en sus almas infantiles un sedimento mejor, más profundo, más puro y más noble que el participar el diez de mayo en bailables escolares y entregar a sus madres un trabajo manual que hicieron las maestras.

 La fiesta de las madres es una fiesta laica, importada de un país protestante, y la han prohijado principalmente los comerciantes, que aprovechan la fecha para obligar a la gente a comprar regalos; no es una mala idea la de honrar a la madre, sino todo lo contrario; pero sí es un pernicioso sentimiento el de creer que basta con honrarlas un solo día del año, el diez de mayo, cuando se las debiera tener en un altar todos los días, y que cada día fuese día de las madres, porque para ellas no hay en el calendario un día del hijo, sino prodigan a los suyos todo su amor y todas sus atenciones sin distinción de fechas ni de sitios.

10 de mayo de 1953

EL REBOZO MEXICANO

La primera dama con rebozo. El rebozo en la historia de la moda. En tiempos de Calles. El rebozo de Lolita del Río. El símbolo de un cambio de cosas.

Hace pocos días los periódicos vinieron llenos de fotografías en que la Primera Dama del país, en ocasión de la apertura de una exposición de flores, lucía gallardamente un mexicanísimo rebozo, y se veía mejor que si hubiese llevado alguno de esos costosos abrigos que las segundas y terceras damas suelen echarse encima cuando andan por ahí inaugurando guarderías. Un detalle de sencillez, de mexicanismo y de buen gusto.

 El rebozo ha tenido sus altas y sus bajas, en la historia de la moda; nos informan los historiadores que lo usaban las damas precortesianas por encima de su huipil, y debió ser un interesante momento aquel en que las damas españolas importadas por los más antiguos colonizadores, por primera vez sustituyeron sus calorosos tápalos o sus laboriosas mantillas con esta prenda ligera y manejable; cuando las hijas de Hernán Cortés se terciaron el rebozo, la nueva raza había nacido; la raza blanca ponía cruces de oro sobre los pechos de las mestizas; pero la raza morena ponía sobre sus hombros rebozos; el rebozo de origen indígena sobrevino a los tres siglos de la Colonia, y en las estampas del siglo XIX se le ve cubrir las espaldas o las cabezas de los más populares personajes; no desdeñó lucirlo la impresionante Güera Rodríguez, y lo llevó a sus fiestas diplomáticas Fanny Calderón de la Barca; doña Dolores Tosta lo enroscó en sus serenísimos brazos y más de una vez lo ostentó en los paseos la imperial majestad Carlota. Pero es en el mundo más popular donde tuvo más fuerza; con un rebozo escondía un poco el escándalo de sus frutales pechos, Cecilia, la de los bandidos de Río Frío, y de la punta del rebozo jalaba don Guillermo Prieto a sus descalzas musas; son de rebozo todas las heroínas de “La Linterna Mágica”, desde Isolina hasta Concha y Gumersinda, y también Clemencia mordía las bolitas de su rebozo en las escenas de amor de la inmortal novela de su nombre. Si en los afrancesados días del porfirismo enormes sombreros cargados de plumas desterraron momentáneamente al rebozo, confinándolo a las clases humildes, pronto la Revolución había de venir a ponerlo nuevamente, terciado como un par de cananas, sobre pechos bravíos, como los de las coronelas del zapatismo, o como los de las humilde soldaderas que seguían a la División del Norte.

 En tiempos de don Plutarco otra vez se perdió de vista el rebozo, en esta capital, aunque seguían echándoselo sobre la cabeza, para ir a la misa de cinco, las provincianas; pero en la época del cardenismo se levantó esa proscripción, y otra vez fue esbelta, graciosa la silueta de la mujer mexicana, arropada en esa prenda tradicional y de larga prosapia; que todavía había de conocer un nuevo eclipse; después de aquel periodo de esplendor que pareció presidir el rebozo color bugambilia de Dolores del Río, y que ilustraban los rebozos blancos de los cuadros de Rodríguez Lozano y los rebozos rojos de los de Julio Castellanos, vino uno de ocultamiento, en que subieron al primer puesto los abrigos de ciento cincuenta mil pesos de María Félix, de doña Bárbara Margarita, y de otras muchas estrellas del cine y de la política nacionales. El Royal Kohinor Mink sustituyó a la sede, y las tiendas de Manzur y de Rafaelito Estrada, importadoras de chinchillas y visones, a las tejedurías de Tenancingo y de Santa María. El dinero sobraba, sin duda, cuando era obligatorio colgar miles y miles sobre los hombros de las artistas y de las esposas de los funcionarios.

 Tal vez ese periodo de lujo oriental haya pasado, tal vez la moda mexicanísima, elegante, llena de gracia y de sencillez del rebozo, va a volver. Quizás el rebozo, que es subrayado de bellas siluetas, abrigo suficiente en nuestros dulces climas, respetuosa cobertura para la entrada a las iglesias, lazo de unión entre enamorados que se estrechan, cuna del hijo a quien se mece, va a desplazar al orgulloso mink que fue ostentoso y humillante símbolo de una época recientemente pasada. Tal vez esa estampa fotográfica que acabamos de ver, de la Primera Dama del país envuelta en rebozo, va a ser el símbolo de un cambio de cosas, que no podrá sino recibir el beneplácito y los parabienes del pueblo.

17 de mayo de 1953

VOLCANES DE MÉXICO

Cuando por mar se llega a Veracruz… Lo más asombroso

del Citlaltépetl. La Reina de las Montañas. “La Mujer Dormida”. “El Nevado

de Toluca”. “La Malinche”. El Cerro del Mercado, de Durango.

Lo primero que se ve en México, cuando se llega por mar, por Veracruz, es la cumbre nevada del Pico de Orizaba; perdida en lo azul de la lejanía, entre el azul del cielo por arriba y el igual azul de la montaña por debajo, aquella mancha nívea parece colgada del firmamento, y tal vez por eso los antiguos llamaron a esa cumbre Citlaltépetl, que quiere decir cerro de la estrella. El Citlaltépetl es la más alta de las cumbres de las sierras mexicanas, cientos de metros más alta que la que los españoles llamaron Sierra Blanca y los aztecas Mujer Dormida, el Iztaccíhuatl, y que la que llamaron los conquistadores Volcán de Fuego y los indígenas Cerro que Humea, el Popocatépetl.

 Lo más asombroso del Citlaltépetl, o Pico de Orizaba, es que si su frente siempre serena y blanca se clava en el cielo a enorme altura, y siempre se encuentra coronada de nieve, sus faldas se hunden en el húmedo trópico y están cubiertas de las más maravillosas flores tropicales; las laderas de esa montaña enorme son un catálogo de climas y parecen contener, en un mismo día del año, cualquiera, todas las estaciones; el verano tórrido de Fortín de las Flores, oloroso a gardenias, de un verde brillante, con enormes hojas y complicados frutos, con árboles de vainilla, de mango, de papaya, y majestuosas y ornamentales palmeras y platanares, y plantíos de tabaco; la primavera amable de Córdoba, con sus cafetales; el suave otoño de la siempre húmeda Orizaba, envuelta en una fresca bufanda de pulverizada lluvia, como Santiago de Compostela; y luego los pinos, los abetos, los oyameles, y finalmente, la arena quemada por el viento frío, y luego la nieve eterna, en una cumbre grave que se eleva a más de cinco mil metros sobre el nivel del mar.

 El Pico de Orizaba es la reina de las montañas de México; pero hay otras igualmente bellas y majestuosas; el Popocatépetl es, visto desde México, o desde Cuautla, o desde Puebla, de una serenidad y de una limpieza imponderables; su línea pura, sobria, recuerda la de las más bellas estampas de las montañas japonesas; cuando se le contempla por la tarde, su silencio cuenta muchas cosas: la audacia del aventurero Diego de Ordaz, que se atrevió a llegar hasta sus entrañas para buscar el azufre que Hernán Cortés necesitaba para el asalto de Tenochtitlán; las andanzas pintorescas de Moctezuma III y del licenciado Lamparilla, su patrocinador, en las páginas sabrosas de *Los Bandidos de Río Frío*; también la tragedia y la muerte, en algún accidente de aviación que hirió vivamente, no hace mucho la imaginación popular.

 Igualmente bella, aunque en otro estilo menos clásico, es la silueta de la Mujer Dormida, que ha tentado a tantos pintores mexicanos, y que está registrada en los cuadros más bellos de don José María Velasco o de Rafael Vera de Córdoba. También esa nieve se ha ensangrentado con algún dramático accidente aéreo, y también han parecido en esas cumbres heladas muchos deportistas.

 El Xinacantépetl, o Nevado de Toluca, es más accesible; esa montaña es fría desde sus bases; no tiene jardines en sus plantas, y tampoco está todo el año cubierta de nieve; una carretera conduce hasta sus hermosas lagunas, de un helado azul de piedra preciosa; la visita a esos apagados cráteres, hoy cubiertos de agua, como pupilas que mirasen hacia la profundidad del infinito, es extraña y fascinante, como un viaje a la luna.

 Y tenemos también, está muy cerca de nosotros, en Tlaxcala, la Malinche, con su silueta bravía, y tenemos la pesada y fría mole del Cofre de Perote, en Veracruz, y más lejos, en el istmo, el nudo de Zempoaltépetl, o de los veinte cerros, que impresionó tan vivamente el barón de Humboldt, y el volcán más joven del mundo, el Paricutín; y en Guanajuato y en Zacatecas, los dos cerros llamados de la Bufa, y cerca de Silao, hoy coronado con una estatua de Cristo Rey, el Cerro del Cubilete, donde algunos localizan el centro geográfico de la República. Y en Durango el Cerro del Mercado, todo de hierro, como si hubiese caído de otro planeta. ¡Y tantos y tantos otros cerros, montañas y serranías que nunca acabaríamos de visitar, y que nos ofrecen, en nuestra propia patria, una añoranza de los más bellos paisajes de Suiza, del Tirol; del Japón, del Hawaii o de California.

12 de julio de 1953

EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC

El más bello delos parques y jardines. Lo tengo por el más hermoso. Un parque amable de Lisboa. Los jardines italianos. El Bosque de Bolonia, de París. El Hyde Park, de Londres. El Prater de Viena y otros también de Europa.

Uno de los lugares de nuestra patria de que más se enorgullece el mexicano que viaja a medida que ve y compara, es nuestro Bosque de Chapultepec, que si no es el más extenso de todos, sin duda es el más bello de los parques o jardines que sirven de pulmón a las grandes ciudades. Se visitan otros amplios y famosos parques, se establece mentalmente la comparación, y siempre nuestro bosque milenario resulta triunfante.

 No conozco los más renombrados parques de España, el Retito, de Madrid, ni el parque de María Luisa, de Sevilla, ni los jardines de Aranjuez, y no puedo hablar de ellos pero he paseado bajo las frondas de otros parques muy bellos, y siempre he creído que el de Chapultepec es el más hermoso. Algunos son muy modernos y están admirablemente cuidados, como el parque de Balboa, de San Diego, con su jardín zoológico donde los animales engordan y parecen felices, o el Parque de la Puerta de Oro, de San Francisco, desde donde se mira el maravilloso puente colgante y se ve perderse entre la niebla el horizonte del Pacífico; pero no tiene el sabor de nuestro bosque antiquísimo; otros son muy extensos, como el Parque Central o el del Bronx, de Nueva York; pero el clima los despoja durante una buena parte del año de todo su verdor, y parecen planos y chatos.

 Hay en Lisboa un parque muy amable, y muy grato, pero de diminutas proporciones, la estufa; y en el jardín botánico de Argel, uno de los más famosos del mundo, los europeos admiran como extrañas muestras de la flora africana justamente aquello que menos podría llamarnos la atención a nosotros: nopales, magueyes, cactus candelabros, de los que aquí colman los paisajes de Apan o de San Luis Potosí.

 Sin duda son bellísimos, por lo civilizados, porque los adornan estatuas y fuentes, los jardines italianos; los de Bóboli, en Florencia, los de Tívoli, con sus juegos de agua, los de la Villa Borguese, en Roma; pero se pierde en ellos la sensación de la Naturaleza, se está frente a obras de arte de expertos oficiales de jardinería, que es exactamente la impresión que se tiene, aunque se pierda la respiración de asombro ante tamaña perfección y tan increíble belleza, en los parques parisienses de las Tullerías, del Jardín de Plantas y del Luxemburgo, donde con flores han hecho verdaderos cuadros los herederos del arte de Lenotre.

 El bosque de Bolonia es de los parques de París el que más podría compararse, por sus proporciones, con Chapultepec; pero no se encuentra allí la gran variedad de árboles de nuestro bosque, ni hay siquiera un asomo de nuestros majestuosos ahuehuetes centenarios, que proporcionan una incomparable majestad, una profundidad de sombras, una temperatura fresca a nuestro jardín querido.

 El Hyde Park, de Londres, también es muy extenso; pero carece de la variedad de Chapultepec; no tiene esos rincones selváticos en que abunda nuestro parque; también he conocido el famoso Prater, de Viena, que en el tiempo en que yo lo vi, se dividía en tres partes, el Naturalpreter, el Prater Nobile, u el Volksprater, o Preter Popular; el natural era el más parecido a Chapultepec; el de los nobles consistía en unas bellas y sombreadas calzadas por las que paseaban, a caballo o en coches, el emperador y la emperatriz, los archiduques y toda la aristocracia; el del pueblo estaba cubierto de diversiones, como ruedas de la fortuna, tiros al blanco, casetas con merenderos, etc. No dudo de que en los tiempos actuales todo sea ya Preter Popular; en Budapest vi los jardines de la isla Margarita, centro hoy de balnearios y hoteles, y otro bello parque, en el fondo de Pest, lejos del Danubio, que no sé cómo se llamará hoy; en aquellos días todo se llamaba Plaza Mussolini, Avenida Hitler, o Calle Horthy; pero hoy sólo hay Calzada Lenin, Boulevard Stalin, y no dudo que autopista Malenkov. Y ninguno de aquellos parques era tan bello como Chapultepec.

 Pero, sobre todo, Chapultepec tiene, además de su gran belleza natural, una gran historia, que aquellos parques no tienen; allí se bañaba Moctezuma, tal vez pasearon bajo esos árboles Nezahualcóyotl y Cuauhtémoc, irrumpieron en sus fuentes, para destrozarlas, Hernán Cortés y Pedro de Alvarado, levantó su castillo el virrey Gálvez, uno de los mejores que tuvimos, y desde esas terrazas proyectaron el Paseo de la Reforma Carlota y Maximiliano emperadores; y, sobre todo, sobre esas piedras y entre aquellas ramas cayeron, envueltos en la bandera nacional, en la epopeya del 47, los héroes niños, que de ese sitio hicieron ya para siempre un santuario, un lugar de veneración para todos los mexicanos.

16 de agosto de 1953

LOS RÍOS MEXICANOS

México, entre dos regiones de grandes ríos. Los que atraviesan zonas desoladas. Los que cruzan la zona turística. Panoramas distintos. Ríos que se agigantan y ríos sumisos.

México está situado, geográficamente, entre dos regiones muy ricas en grandes ríos: las praderas de la América del Norte, por donde corren majestuosamente el Mississippi, el Missouri, el Ohio, el San Lorenzo; y las anchas selvas de la América del Sur, por las que se deslizan el imponente Amazonas, el Orinoco, el Paraná, el Río de la Plata, que figuran entre los ríos mayores del mundo; México, sin embargo es pobre en ríos, a causa, sin duda, de su accidentada orografía; la única región por donde podría correr suavemente un río muy largo está situada en la faja desértica en una región de lluvias escasas; es nuestra frontera norte, formada en gran parte por el Río Bravo, o Grande, que a veces, como ocurrió este año, no lleva agua y que no nos pertenece por entero pues viene desde el país vecino, y nos llega ya muy sangrado por los regadíos que con él se hacen; tampoco es nuestro sino en muy pequeña parte, el Colorado, río que nace, se desarrolla, crece y acomete una maravillosa obra artística, su celebrado cañón en los Estados Unidos, y que sólo entra a territorio mexicano para morir.

 Otros ríos del norte de nuestro país, el Yaqui, el Mayo, el Nazas, atraviesan zonas desoladas, de paisajes arenosos y planos y carecen de atractivos de carácter turístico, aun cuando algunos de ellos estén destinados a rendir grandes servicios a la agricultura de su región, cuando con ellos se acometan todas las obras hidráulicas necesarias.

 Mucho más conocidos, porque los atraviesan algunas de las carreteras que un día formarían el circuito turístico del Golfo, son los ríos que bajan al mar desde nuestra sierra Madre Oriental; muchos de ellos llevan en su nombre un prefijo que los unifica, el Tamesí, el Tamazula, el Tempeón; cruzan regiones feraces, bordeados de selva, que mete en ellos hasta el tobillo; desde el avión se les mira trazar curvas azules sobre el pizarrón verde del paisaje tropical; cerca ya de su desembocadura algunos se ramifican en mil canales, forman esteros, charcos, lagunetas; el más importante de todos ellos es el Pánuco que se deja surcar por barcos petroleros de algún calado.

 El Papaloapan, y los ríos que figuran en su sistema, el Blanco, el Tonto, presentan [un] panorama distinto, que apenas acaba de ser descubierto; hace una decena de años todavía la cuenca de ese río de las mariposas era una de las regiones más desconocidas del país: el Gobierno anterior al actual emprendió, y el actual las ha continuado, obras de enorme magnitud, para transformar esa región, cedida a la Naturaleza, en una parte del patrimonio nacional. Del recorrido del Papaloapan, desde la laguna de Alvarado hasta Tlacotalpan, ya hablaos alguna vez, en otra de estas charlas, y ya hemos mencionado las manchas de color que las nubes de mariposas o de garzas, ponen sobre el azul del cielo, el paso de la “Bárbara” que era la embarcación que diariamente hacía ese recorrido, como diligencia acuática. Es un paisaje decorado de palmetas, que ponen con el estallido de sus penachos una alegría de cohetes sobre el verde violento de los platanares.

 Más al sur, los ríos se agigantan y se hacen temibles; el Grijalva, que va a ser domado pronto, y el Usumacinta, son ríos que matan, de grandes avenidas, ríos de inundaciones; la Chontalpa entera desaparece a veces bajo sus aguas; se piensa en la pesadilla que dejó escrita Bernal Díaz del Castillo y que Hernán Cortés narra en sus cartas de relación, del viaje a las Hibueras, en que hubo de atravesar estos ríos broncos, con puentes que parecen increíbles en la narración.

 El Papagayo, el Mezcala, son ríos que hoy miramos muy sumisos, debajo de los puentes si vamos en automóvil, o trazando apenas su araño sobre el panorama pardo, si vamos en avión a Acapulco; al Lerma lo conocemos niño aquí muy cerca, en Las Truchas, y lo vemos pasar muy joven por Toluca, ya impetuoso por Acámbaro, y luego mayor a medida que se encamina al mar, con otro nombre, y después de decorar el paisaje jalisciense con el Lago de Chapala y con la caída de Juanacatlán.

 Agreguemos el Coatzacoalcos, el Balsas, el Atoyac, cantado por nuestros poetas del siglo pasado; el Champotón, el Suchiate, el Acaponeta, el Tepalcaltepec y algunos otros, ni muy largos ni muy caudalosos, y tendremos un completo mapa fluvial de México, país que no es de grandes ríos, que por falta de ellos carece de navegación interna y contiene extensas regiones improductivas; pero la mano del hombre va haciendo cada vez mejor el aprovechamiento de esos ríos, y los sistemas hidráulicos podrán dar un día a nuestra patria una riqueza que la Naturaleza le ha negado.

23 de agosto de 1953

AQUEL DESFILE

El madrugón de entonces. Mortales horas de espera. Nuestra caballería: orgullo de México. Ya no es igual el desfile. Se ha empequeñecido esta fiesta patriótica.

Cuando yo era niño no había en México sino un solo desfile, y se le llamaba “El desfile”, puesto que no se le podía confundir con ningún otro; era el desfile militar de la mañana del dieciséis de septiembre que, en aquel tiempo, era para los mexicanos el día más festivo del año.

 Para las madres y los padres era un madrugón, porque había que vestir a los niños de marineritos y tenerlos muy bien peinados y muy bien chocolateados desde las siete u ocho de la mañana, en que se iniciaba la excursión hacia el centro; de todas partes de la ciudad las familias convergían hacia un eje, y más lujosas que endomingadas, hacían la selección de los sitios desde los que iban a presenciar la gran parada; los mejores, creo recordar, eran los de la Avenida Juárez, frente a la Alameda; cerca de una famosa peluquería y tintorería de pelo para señoras, la única que había entonces, que se llamaba Godefroy; cerca de un inglés que vendía sillas de montar, y botas, y fuetes, y toda clase de equipo para equitación, que ya no me acuerdo cómo se llamaba; cerca de “El Nuevo Japón”, la tienda maravillosa, que con sus sombrillas de papel, sus faroles, sus kimonos, tan vivamente hería, con su sabor de cosa de cuento, la imaginación de los niños.

 Bien escogidas y pagadas, las sillas, venían unas mortales horas de espera; al principio sólo se oían alharacas y risas infantiles, después, el tronar de las cáscaras de los cacahuates, el de los muéganos y el de las charamuscas; pero luego, a medida que el sol subía y la mañana avanzaba, las risas iban convirtiéndose en lloros, porque a los niños les apretaban los zapatos que estrenaban precisamente aquella mañana, o porque uno quería el globo rojo que le compraron a su hermano y no el azul que le compraron a él, o porque iba siendo la hora de que los más pequeños comiesen y las madres, en medio de tanta gente, no se atrevían a dar a sus blusas el pequeñísimo tirón que habría bastado, si las llevasen descotadas, o a emprender la desabotonadura laboriosa, si llevaban altos cuellos propios para los trajes estilo sastre.

 Pero el desfile en sí, pagaba todas estas molestias y muchas otras; nuestra marcial caballería llenaba de orgullo a los espectadores, casi todos ellos provistos de unos bigotes tan belicosos como los de los más aguerridos oficiales; había admiración y pasmo cuando pasaban, arrastradas por bien cepilladas mulas, las piezas de artillería; se lucían en grande los cadetes de la Escuela Naval; pero el momento cumbre del desfile era el paso de los gloriosos cadetes del Colegio Militar, la flor de la patria.

 Sigue habiendo un desfile militar el dieciséis de septiembre… pero ya no es igual; esa fiesta patriótica se ha empequeñecido; los mismos espectadores que antes esperaban todo un año para ver la formación, de pronto le han tomado horror a la palabra desfile y a la idea de desfilar, porque ya tuvieron que ir a desfilar ellos mismos, cargando estandartes y cartelones cuajados de iniciales de agrupaciones obreras, los días primeros de mayo, o en tiempos más recientes, fueron llamados, so pena de perder la chamba en el gobierno, a desfilar vestidos de tenistas o de golfistas o de patinadores los días veinte de noviembre; en tiempos de Cárdenas, restaron importancia y popularidad a los desfiles militares del dieciséis de septiembre; hoy, mucha gente, cuando le dicen “desfile”, ya no piensa en militares arrogantes, en bien formada y bien uniformada caballería, sino en alborotadas centrales obreras en son de lucha de clases, o en sudorosos señores gordos que estrenan zapatos tenis para presumir de deportistas un solo día del año; los desfiles se volvieron impopulares, obligatorios, penosos; ya no ve uno caras llenas de satisfacción y orgullo, sino otras que vivamente representaban la contrariedad, el cumplimiento de un deben antipático, sufrimiento, incomodidad, molestia. Además, hoy ve uno los desfiles más a gusto desde una butaca, en un cine, o desde un sillón, en su propia casa, en la televisión. Todavía hay desfiles militares del dieciséis de septiembre, sí, pero ya no son como aquellos… ¡Ya ni remotamente se parecen a los de entonces!

20 de septiembre de 1953

CHOCOLATE MEXICANO

La modernización, la mecanización, y aun diríamos la electrificación, que poco a poco van invadiendo nuestro país y lo van poniendo al día, tan adelantado y próspero como los más modernos del mundo, van también desterrando viejas costumbres y añosas tradiciones, y haciendo desaparecer tipos y oficios. Por ejemplo, hoy que es ya tan fácil hacer una taza de chocolate, utilizando la sospechosa magia de polvos milagrosos, y conectando la licuadora, o la batidora, o la olla express, o quién sabe cuál otro moderno aparato eléctrico, nadie se acuerda ya de los viejos pocillos, de las tazas de finísima porcelana de Sajonia que se vendían en las ferias de Aguascalientes, de las jícaras que se vaciaban en Tabasco, y que solían tener grabado el nombre de su propietario; va perdiendo terreno el prestigioso molinillo, con el que se hacían verdaderas obras maestras de curiosidad y de ingenio, de gracia y hasta de riqueza, pues los hubo de ébano, y hasta de marfil; y no es ya un secreto transmitido de familia a familia la fórmula del chocolate de tres tantos, pues hoy basta llegar a un supermercado y echar mano de cualquier paquete de los muchísimos que, envueltos en chillón papel impreso, y voceados en agobiadora propaganda por radio, se ofrecen al paso de cualquier persona, en las tres o cuatro más generalizadas mezclas de amargo, de vainilla, de canela, para hacer, de acuerdo también con fórmulas toscas o a la española, o a la francesa, o a la mexicana, o a la yucateca, o a la andorrana, que fue invención de algún restaurador ingenioso.

 La chocolatera a domicilio ha desaparecido y con ellas se fueron escenas que muchos de nosotros alcanzamos a ver; un día del año iba la chocolatera a nuestra casa, y se instalaba en la cocina con gran aparato; le eran pesadas en curiosas balanzas las partes del cacao, de azúcar, de canela, se encendía un fogón, y se sacaba un ancho metate; la chocolatera se arrodillaba frente a su instrumento y comenzaba a trabajar afanosamente; la casa entera iba llenándose de un dulcísimo aroma; por la tarde la frente de la chocolatera estaba inundada de sudor, y toda la mansión de una fragancia exquisita; sobre las servilletas extendidas en el aparador y en la mesa iban endureciéndose lentamente las toscas tablillas hechas a mano, y sobre los labios de todos los chiquillos de la familia se oreaban unos oscuros bigotazos, residuos delatores de una gula que ninguno había podido contener. Aquellas tablillas envueltas en papel de China y depositadas en cajas vacías de zapatos, iban a durar todo el año, hasta la vuelta de la chocolatera, doce meses más tarde, en una fecha previamente establecida.

 Tal vez la última chocolatera que quede de aquella época ya tan remota sea Tía Eutimia, una mujer de pura raza totonaca, que tal vez se acerca ya a los cien años de edad, pues personas mayores la recuerdan perfectamente vieja y apergaminada, tal como está hoy, desde hace veinticinco o treinta años. Tía Eutimia es la chocolatera de San Andrés Tuxtla, tierra rica en todas las capitosas delicias de que el mejor chocolate puede hacerse; son de bajo aquel mismo cielo el cacao, y la vainilla, y el azúcar de que esas delicadas tablillas se muelen. Hay una fuerza misteriosa, inexplicable, en aquella anciana, vieja como una leyenda, con los brazos convertidos ya en achocolatados pellejos colgantes, pero todavía tan vigorosos, cuando se da a la devoción de su trabajo, que suele moler la provisión de todo un año en sólo un día; y la verdad es que aquel chocolate hecho en casa, en tablillas malformadas, huele mejor, y sabe mil veces más sabroso, con sus secretas fórmulas y el arte humano puesto en su fabricación, que todos esos chocolates que se hacen en serie, en modernas fábricas, con higiénico equipo, en cantidades industriales, y que una máquina eléctrica bate en unos segundos, sin más molestia de nadie que el abrir un paquete mágico ya listo para ir directamente a la taza. Aquello era más complicado, más lento, más largo, más fatigoso, y más costoso tal vez… pero el prestigio del chocolate que venía a hacer a nuestra propia casa la chocolatera no lo tiene ninguna de las marcas que están hoy al alcance de todo el mundo en el comercio.

1° de noviembre de 1953

RITOS MEXICANOS

Hace un año, con motivo de la proximidad de la fiesta de los Fieles Difuntos, mencionamos una costumbre típica mexicana, entre las muchas que a lo largo y a lo ancho del país existen para celebrar esa festividad, que tan extrañamente encaja con el carácter mexicano, y que tal vez tenga sus orígenes remotos en la adoración de Coatlicue, la diosa azteca que se adorna con un collar de calaveras; hablábamos del día de muertos en la isla de Janitzio, estremecido de cantos funerarios, iluminado por las luces de las telas, manchado con las manchas amarillas de los tapetes de cempasúchiles tendidos a las puerta de todas las casas y de las iglesias.

 Pero no es Janitzio la única población mexicana que practica extraños ritos en la fiesta de los difuntos, el dos de noviembre, en muchas otras ciudades y en muchos otros pueblos, se hacen fiestas características; la descripción de todas ellas tal vez tiente alguna vez algún folklorista o a un sociólogo que lograría al reunirlas, un libro muy interesante.

 En San Andrés Tuxtla, por ejemplo, la tradicional visita al panteón adquiere unos toques de sello propio, inconfundible y se subraya con detalles que no pueden fallar, y que son sólo de ese sitio; en primer lugar, la visita es doble: es decir, se hace primero por la mañana en unas condiciones, y luego, por la tarde, en otras; por la mañana, todo lo temprano que ustedes puedan imaginarse, las familias enteras se precipitan en el panteón, llorosas, desarregladas; van las muchachas con sus vestidos peor tratados, despeinadas y en chanclas, derraman sobre las tumbas amargas lágrimas y adornan con flores los monumentos; y por la tarde vuelven todas, con sus mejores vestidos, bien peinadas, estrenando, tal vez; y ya en plan de paseo, en rondas, que circulan por las callejuelas del cementerio en franca y animada charla, como si se tratara de una serenata en la plaza principal. Van comiendo los nanches de los que se han hecho durante al año vino, y cuyos barriles no se abren sino exactamente en esta fecha; los nanches ahogados en alcohol producen su efecto, y al anochecer, el panteón es como una enorme cantina, donde todo el mundo está más o menos alegre, por virtud de los espíritus vinosos fermentados en las frutillas.

 En San Miguel Allende hay otra práctica particular de este día: la visita al cadáver de San Columbano; San Columbano fue un santo niño de la antigua Roma, a quien no hay que confundir con San Colombano, santo irlandés del siglo sexto, reformador en Irlanda de la orden de los benedictinos; el cadáver de San Columbano y de otro santo hermano suyo fueron traídos a México como tesoros de la fe, uno está en Celaya y el otro en San Miguel, y en el día de los muertos se visitan sus despojos, conservados en una capilla del Oratorio de San Felipe Neri; San Columbano fue decapitado, pero le han vuelto a poner la cabeza, aunque es perfectamente visible la separación, bajo la capa de cera con que está cubierto el cadáver; sólo en esta fecha es permitida la visita a esta reliquia.

 Y en Morelia, desde hace más de cien años, el dos de noviembre ha venido siendo celebrado con corridas de toros nocturnas, la primera fue dada a mediados del siglo pasado [siglo XIX] como parte de una función de circo; y llamó tanto la atención de los morelianos el extraño espectáculo de la lidia a la luz incierta de humosos hachones, que desde entonces se hizo costumbre; en una de esas corridas nocturnas del 2 de noviembre, en 1929, halló la muerte el bravo novillero Esteba n García, y en 1935, después de que por culpa del ganado un festejo resultó desastroso, los diestros, que eran Emiliano Vega y Fermín Rivera, tuvieron que ir a refugiarse, espada en mano, para defenderse del indignado público, en el panteón, resucitando inesperadamente una escena de Don Juan Tenorio.

 Y así como Janitzio, como San Andrés, como Morelia y como San Miguel Allende, ¡cuántas otras poblaciones hay en México que dan una fisonomía particular a la celebración de la fiesta de los Fieles Difuntos, que en ninguna otra parte del mundo tiene un carácter tan mundano, tan festivo, tan orgiástico ni tan ruidoso como en México!

8 de noviembre de 1953

EL PAISAJE MEXICANO

México es un país tan vasto, y que abarca una tan grande diversidad de climas y de paisajes, que se pueden encontrar en él rincones pintorescos de todos los estilos, lo mismo escarpados y tectónicos como residuos de viejas convulsiones volcánicas, o desolados, arenosos, tétricos, como los de la Luna, o impresionantemente vigorosos y vivos, como los de las enormes y oscuras selvas, o blancos y fríos en las cimas de las montañas, o rientes y amables, en las regiones domesticadas de la Mesa Central, pero si algunos son grandiosos e imponentes, como paisajes de pesadilla, otros, en cambio, son dulces y acogedores, como si la mano del hombre hubiese tenido la virtud de convertir la Naturaleza en jardín, como ocurre en Francia y en Italia. Y de todos estos paisajes suaves y hechos para la medida del hombre, ninguno recuerdo tan encantador como el que forman, en las proximidades de Xalapa, esos tres verdes, graciosos, consoladores pueblos que son Coatepec, Xico y Teocelo, en los límites justos entre la zona tórrida y la templada, entre la violencia de la vegetación tropical y la domesticidad de las plantas de huerto, entre el campo abierto y el jardín cultivado.

 Toda la carretera de Xalapa a Coatepec, unos cuantos kilómetros, es un jardín; los montes son verdes, o blancos, o amarillos, según el mes, porque están cubiertos de naranjos, que en una época dan una hoja lustrosa y oscura, en otra se cubren de azahares, que dan al ambiente un embriagador perfume, y en otra se cargan de dorados frutos, que inclinan las ramas con su dulce peso, y que hacen del suelo una inmensa alfombra amarilla; el naranjo no es un árbol elevado, y de vez en cuando el paisaje está decorado hábilmente por macizos de plátanos, que tienen una verdura más tierna, y cuyos frutos dan otro tono de amarillez al colorido del panorama; y hay también, sobresaliendo más alto; con su silueta esbelta, palmeras, de las que se desprenden aguanosos cocos; los bordes de los predios están señalados por el verdor apretado y brillante de los cafetales, que también abundan en la región, y el fino ganado, luciente y gordo, de la Hacienda de Consolapa, baja a beber agua en arroyos que saltan y ríen, llenos de espuma y de animación, o va a buscar la sombra de anchurosos árboles de mango, que forman, con sus enormes copas redondas, otro de los más bellos adornos de ese paisaje que no parece hecho sólo por la Naturaleza, sino arreglado, peinado, por expertos jardineros, como en Versalles y como en Tívoli.

 Coatepec es una población chaparra y ancha, tendida morosamente entre sus huertas; la poeta María Enriqueta y el comediógrafo Carlos Ortega vieron allí la luz. Los patios de las casas son amplios y están llenos de vegetación.

 Xico, más adelante, parece formada por una sola calle que sube a desembocar en una plazoleta presidida por las torres de la iglesia; la vegetación es la de la tierra caliente; pero el calor está atemperado por las nublazones frecuentes en todas las faldas del Pico de Orizaba; se diría, en estos adorables pueblos paradisiacos, que el desayuno llega solo hasta la hamaca del habitante, que tiene en su huerto, una vaca, un cafeto, un naranjo, un platanar y un árbol de papayas; muy cerca crecen el tabaco y la caña de azúcar; y no se tiene la impresión de que cueste sudor arrancar a la tierra sus tesoros, sino la de que ella los otorga generosamente.

 También es bellísimo lugar Teocelo, detrás de una profunda y pintoresca barranca; la franqueza, la sencillez y la campechanía de sus habitantes consuelan al viajero que va de otras regiones del país en las que la vida es más dura. Y cuando, al mediodía, se busca una sombra y una mesa, la gente recomienda la casa del padre Pepe, la de las Sánchez, y allí, ante un refrigerio tan sencillo como delicioso, delante de una taza de riquísimo café que humea, y viendo a las chicas de la familia cortar del árbol un racimo de plátanos, se tiene la impresión de haber vuelto a las posadas o a los mesones que describieron los autores de otros siglos, cuando la vida era menos [a]premiosa, y había paz y buena voluntad entre los hombres.

15 de noviembre de 1953

MÉXICO PINTORESCO

Hay en cada país algún lugar donde se recrudece el tipismo y el pintoresquismo se acendra, para producir una especie de quintaesencia de folklore, de la que hacen gran demanda los turistas; así, por ejemplo, la isla de Marken, el lugar más pintoresco de Holanda, el único en que los holandeses van por la única calle vestidos de holandeses, con faldas anchas o pantalones bombachos, cofias o bonetes, trenzas y pipas, y los pies dentro de gruesas medias negras y sonoras almadreñas, por entre tulipanes, vacas, molinos de viento y bolas de queso; así, en París, la Plaza Pigalle, con su gente del hampa apostada por las compañías de viajes, sus teatros con desnudos artísticos y sus cabarets con apaches y espectáculo de medianoche; así, en España, el Sacromonte de Granada, de día y de noche retumbando con el batir de martillos en los cazos de cobre, con palillos y guitarras, y un enjambre de gitanas de vestido de olanes y cola, o de bata de colores, y con flores en la cabeza, dispuestas siempre a armar una zambra por un par de cientos de pesetas, y a soltarse por fandangos y por bulerías, en las que a cada vuelta saltan al suelo las peinetas.

 En México, ese lugar más pintoresco que ningún otro, y donde el tipismo se redobla, es el risueño pueblo de San Pedro Tlaquepaque, a unos cuantos pasos de Guadalajara. ¿Cómo estará aquello ahora, que la Perla Tapatía espera un millón de curiosos, en un mes, para ver su feria. Todos los paseantes querrán pasar por lo menos una noche tapatía, bajo el cintilar de las estrellas, y al muy relativo abrigo de esos portales de San Pedro, que impávidos han visto desfilar tantas parrandas. Hay allí unos equipales, mobiliario típico de la región, que huelen a vaqueta y que rechinan cuando uno se mueve; sillas sin patas, pero con brazos acogedores y amables; y en el centro de cada grupo de seis u ocho de ellos, una mesita, sobre la que el cantinero irá dejando las botellas, los vasos, el plato con los limones partidos, y el salero, porque la bebida que allí se toma, el tequila, tiene sus complicaciones y su rito. También a veces junto al vasito del fuego líquido ponen otro con un licor rojizo, que no escuece menos que el alcohol, y que es, dicen, caldo de camarones; otras veces el licor tiene un color rojo más vivo, y hacia el borde del vaso se ven flotar trozos de nuez; entonces se trata del regional ponche de granada; y si el color es amarillento sucio, entonces es otra bebida local también muy típica; el ponche de arrayán.

 A todo esto, de bajo las arcadas, o de bajo los árboles, han ido saliendo los mariachis, convencionalmente vestidos de charros, aunque haya muchos que no se hayan subido jamás en un caballo ni para retratarse; vienen cargando sus instrumentos, desproporcionadamente grandes algunos de ellos; se acercan, rodean al visitante, y antes de que nada ni nadie pueda impedirlo, un desconcierto de voces y sonidos igualmente chillones rompe la balsámica quietud de la noche, y van hilvanándose las estrofas de cualquiera de esos pequeños himnos municipales que Pepe Guízar o Manuel Esperón han compuesto en alabanza y loor de casi todas las ciudades de Jalisco: Guadalajara, Arandas, Atotonilco; y más adelante, cuando la noche se vaya poniendo más pesada, cuando las ojeras de las lindas acompañantes sean más azules, y sus pupilas más soñadoras y profundas, cuando las botellas están ya muy rebajadas, y la cuenta muy subida, entonces vendrán las canciones más sentimentales, de ritmo más lánguido y más romántico, y tal vez hacia la madrugada más de una lágrima resbale camino al borde de una copa, a la hora en que parten el alma los ayes melancólicos de “La Barca de Oro” y una voz desgarrada pide “Que me toquen *Las Golondrinas*”…

 Ya de día, a la luz incierta de un amanecer cárdeno, bajo el brazo algún extraño objeto de barro pintado, comprado para recuerdo, van regresando a Guadalajara, en el cerebro las últimas notas de “Ojos Tapatíos”, que guardarán, si no son tapatíos, un permanente recuerdo de aquella noche al raso, en el portal de San Pedro Tlaquepaque, y si son de Guadalajara, volverán a comenzar, el sábado siguiente…

6 de diciembre de 1953

EL TRAJE DE CHARRO

Un investigados acucioso y apasionado por el asunto, el Marqués de Guadalupe, de grata memoria, ha hecho interesantísimos estudios sobre los orígenes del charro, el cómo y el porqué de su hombre y de su típico vestuario. Los charros, se nos informa, son originarios de la región de Salamanca, en España; pero es difícil comprender cómo la palabra llegó a ser en España misma sinónimo de chillón, de recargado e inapropiado en el vestir, estrafalario y llamativo, si el traje de los charros salmantinos no podría ser más parco ni más severo: negro siempre, de pantalón ajustado y chaquetilla corta, con botas altas, de piel, por adorno apenas algunas monedas como botonaduras del chaleco y la chaquetilla, y sombrero de ala ancha, tan negro como las otras prendas principales del vestido.

 Muy diferente es el traje del charro mexicano, que admite una gran diversidad de colores, cuyo pantalón es largo hasta el suelo, y cuya chaquetilla es todavía más precaria que la piel del charro salmantino; carece de chaleco, y en vez de la media vaca que los charros de España se enrollan en la cintura, lleva sólo un listón, que suele ser de algún color tan vivo como el rojo o el verde, y que frecuentemente hace juego con la también muy vistosa corbata; algunos trajes de charro mexicano llevan monedas, pero no sólo como botonaduras del chaquetín, sino a lo largo de las perneras, desde la cintura hasta el botín, que suele ser el zapato de una pieza, alto de tacón, puntiagudo y con orejas, y no las polainas que cubren toda la pierna del traje castellano.

 El traje de charro tiene diferencias geográficas y diferencias históricas; pero ninguna de ellas es muy grande. Hace ya un par de siglos que adoptó aproximadamente la forma que hoy conserva, y no son muy notorias las divergencias entre los trajes de charro típicos de una región y los de otra; digamos, por ejemplo, entre los de los Altos y los del Bajío el traje charro de calzonera abierta, más antiguo, y más propio de las zonas tórridas, se le ha ido quedando otro nombre, el de traje de chinado, aunque sólo lo separen algunas variantes ligeras del traje de charro; en el traje de chinaco los botones a lo largo del muslo y pierna sí abotonan, y a veces quedan sueltos, dejando ver la albura de un calzón de olanes; en el de charro ya no son sino adorno, como los que llevan muchos sacos modernos en las mangas, y nunca se desabrochan, porque no corresponden a una abertura, sino están superpuestos. Suelen ser de plata, que es el más mexicano de los metales.

 El traje de charro es específicamente un traje de montar; por eso el chaquetín no tiene colas en que sentarse, y el pantalón está perfectamente ajustado a la pierna y al muslo; no es capricho estético de una moda, sino necesidad del uso al que el traje está destinado; y suele hacerse de telas muy fuertes, que resistan la intemperie, el sol y la lluvia, y el contacto con la silla y con los flancos del caballo; los hay de amarilla gamuza, de gruesa jerga, de resistentes casimires, y también los hay cachiruleados, es decir, reforzados en las zonas de mayor rozamiento; el sombrero, de fieltro o de palma, debe ser muy ancho porque protege del sol y del agua no sólo la frente, sino todo el cuerpo del charro. A estos trajes de faena, por coquetería, les fueron agregados ciertos adornos, a veces ricos; alamares, bordados, botonaduras; pero siempre dentro de los límites de lo varonil; hasta que el sombrero de charro, y otras prendas, cayeron en el teatro, y en el cine, y se fueron desvirtuando y degeneraron y se convirtieron en adornos espectaculares; pero vino un artista, profundamente mexicano, muy viril, y respetuoso del traje nacional, Jorge Negrete, y rescató el masculino traje nacional de las manos en que había caído, las de Tito Guízar y las del general Maximino Ávila Camacho, y le restituyó su reciedumbre, su, hasta cierto punto, severidad, su hombría; el ejemplo de Negrete tuvo seguidores, y el cine dejó de atormentar y violentar con bordados cada vez más barrocos, hasta convertirlos en mantones de Manila, los trajes de charro que se despeñaban ya por el camino de la vistosidad. Los charros deben a Negrete ese respeto por el traje nacional y esa campaña de vuelta al orden, iniciada por Jorge hace unos diez años. Hoy, faltando ese baluarte, quizá vuelva el traje nacional, a estar en peligro de convertirse en vestidura carnavalesca, en las manos de artistas irrespetuosos, que en vez de ser charros en el sentido deportivo del hombre, lo sean en el sentido peyorativo y burlón que registran los diccionarios.

13 de diciembre de 1953

USO Y SIGNIFICADO DE LA MÁSCARA

Uno de los misterios que ni los historiadores ni los sociólogos han descifrado todavía, es el de la coincidencia, entre todos los pueblos primitivos, del uso y de los significados de la máscara; parece ser algo espontáneo y natural en todos los pueblos en la aurora de su vida, y no algo que haya pasado por la imitación de unos a otros. ¿Cómo explicar que el mismo fenómeno se haya producido, don idénticas modalidades, entre pueblos tan incomunicados entre sí, o cuya comunicación por lo menos todavía no es conocida, como los egipcios, los peruanos y los melanesios, los griegos, los aztecas y los malayos, los bretones, los mayas, y los habitantes de la Papuasia?

 Todos los estudios que profundamente han sido hechos sobre las máscaras en el Japón, en Asiria, en Roma, sirven para explicar el uso de la máscara entre los antiguos mexicanos. Aquí también, como en todos los demás pueblos jóvenes, hace siglos, o decenas de siglos, y como ocurre actualmente en algunos lugares de la Micronesia o del África, hubo varias razones para el uso de las máscaras; uno de los motivos de usarlas era tratar de ahuyentar a espíritus del mal y, en el caso de México, a nahuales. Había también máscaras religiosas, sacerdotales, y máscaras de justicia, y había las máscaras que se ponían a los muertos, lo mismo en Oaxaca que en Egipto, para que engañasen a los porteros de la eternidad y asustasen a los espíritus del mal que encontrasen en su viaje al otro mundo. Máscaras horribles usaban los médicos, y las usan todavía en el Senegal y en el Congo, para espantar a las enfermedades; máscaras espantosas, pintarrajeadas, usaron los japoneses, y los tarascos, para horripilar a los enemigos en la guerra. Las máscaras de oro de las tumbas de Monte Albán fueron máscaras mortuorias, y las de cedro cubiertas de turquesas, la mejor de las cuales se conserva en el museo de Viena, eran máscaras rituales, sacerdotales, de los antiguos aztecas, en tiempos de Moctezuma.

 Pero también hay en la historia otra clase de máscaras, las de teatro y de baile, que los griegos hacían con trapos y otros elementos vegetales para sus fiestas dionisícacas, que los romanos llamaban personas, o larvas, y que en la Edad Media invadieron las iglesias, que fueron las andaderas del teatro, cuya cuna estuvo en las bacanales. Curiosamente, el nombre de la máscara no vino a nuestro idioma, ni a ningún otro importante occidental, del latín, sino del árabe, que lo cedió al español, al inglés, al catalán, al francés, al alemán, al portugués y al italiano, en los que es casi igual.

 También esta clase de máscaras existe en México,, y no por la imitación, parece ser, sino por la necesidad; desde las primitivas ceremonias pantomímicas, en los primeros días de la Colonia, los indígenas tuvieron que disfrazarse para representar sus peleas de moros y cristianos, que les enseñaron los españoles; y entonces hicieron máscaras, que con pocas modificaciones se conservan; máscaras de reyes, de damas, de caballeros blancos y barbados; y máscaras de muertes, de negros, de demonios; se las puede ver en el carnaval de Yautepec, en el de Huejotzingo, en el de Tepoztlán, o en los museos populares, donde se exhiben al lado de las máscaras horripilantes, de madera o de hojalata, principalmente oriundas de la región tarasca, de Morelia, de Pátzcuaro o de Uruapan, Michoacán.

 Otros carnavales, menos tradicionalistas, más profanos, usan de la máscara a la manera veneciana, para ocultar la identidad de las personas que las usan y dejar que se diviertan sin riesgo de ser conocidas; así ocurre en Mazatlán, en Veracruz, en Mérida; a todas las máscaras conocidas, y a los antifaces, agrega el ingenio veracruzano las máscaras hechas de media, fáciles y baratas de hacer. La edad del plástico nos ha traído, además, en los últimos años, las máscaras móviles, que se animan con gesticulaciones, y que representan a personas famosas, a “Cantinflas”, a Agustín Lara; y también hay, como hijas de la época, las máscaras de los luchadores libres, de Black Shadow o del Médico Asesino.

 Las máscaras son muy mexicanas, y son muy universales; las ha tenido todo pueblo primitivo, y el nuestro las conserva como parte de su tesoro folklórico y tradicional.

14 de febrero de 1954